

La visita y un jardín secreto

Irene M. Borrego. España. 2022. 65 min. Color. v.o.e.



FICHA TÉCNICA

Título original: *La visita y un jardín secreto*.

Nacionalidad: España. **Año de producción:** 2022.

Dirección: Irene M. Borrego.

Guión: Irene M. Borrego, Manuel Muñoz Rivas.

Producción: 59 en Conserva SL, Cedro Plátano.

Productor: Mariangela Mondolo-Burghard.

Fotografía: Javier Calvo, Rita Noriega.

Montaje: Irene M. Borrego, Manuel Muñoz Rivas.

Ayte. de dirección: Adriana F. Castellanos.

Música: Frederic Mompou.

Sonido: Álex F. Capilla, Patrick Ghislain, Hugo Leitão, Nicolás Tsabertidis, Maider Urkitza.

Duración: 65 min. **Versión:** v.o.e. Color.

SINOPSIS

Poco se sabe de la misteriosa figura de Isabel Santaló, una artista anciana, hoy olvidada. Pero, de tanto en cuanto, algunas visitas aparecen en su casa. A través de ellas, y de la voz de Antonio López, el único pintor de su generación que la recuerda, se perfila una película poliédrica que sorpresivamente se transforma. Una película sobre la memoria y el olvido, sobre el arte y el proceso creativo, sobre qué significa ser mujer y una artista.

COMENTARIO

Isabel Santaló, la pintora de la generación de Antonio López condenada a la invisibilidad por su familia y su tiempo.

Fue una de las figuras destacadas en la generación de los años 50, pero su talento quedó enterrado en vida. La artista es ahora reivindicada por su sobrina en el documental 'La visita y un jardín secreto'.

Isabel cierra los ojos. Isabel abre las manos. Isabel explica con paciencia, parsimonia y cierto desdén por qué unas puertas de su casa están cerradas y otras abiertas. **Isabel Santaló -ése es su nombre completo-nació en Córdoba en 1923.** Y murió en 2017 en su casa en compañía de su gato, gordo y perezoso, Ramsés. Lo hizo con las manos encogidas por el Parkinson, pero aún abiertas. Y con los ojos cerrados. Tan cerrados como la habitación en la que guarda los pocos cuadros que le quedan. Tan cerrados como la propia historia de su vida. «Fue un pintora muy conocida y a la vez muy enigmática. Recuerdo que vi una exposición o dos. Pero, de golpe, su pintura desapareció...», dice **Antonio López** en calidad de compañero de generación y, a su modo, admirador desde el secreto, que no en secreto.

Ahora, el documental *La visita y un jardín secreto*, de **Irene M. Borrego**, recupera su figura. A su modo, la abre. La directora, que es además la sobrina de la artista de repente revelada, se acerca a su familiar no tanto para explicar nada al mundo como para explicarse a sí misma el sentido de ese mismo mundo. Santaló fue durante toda su vida, la de ella misma y la de la cineasta, un tabú dentro una familia que se negó a aceptar que ninguna de sus mujeres se convirtiera en artista («Creían que iba a un burdel», se lamenta ella). A su modo, y eso es lo que cuenta la película, la vida de una y de otra discurren en paralelo por dos tiempos distintos y, apurando, un mismo destino. Descubrir a la que fue pintora olvidada es de algún modo un ejercicio de autodescubrimiento. Y así.



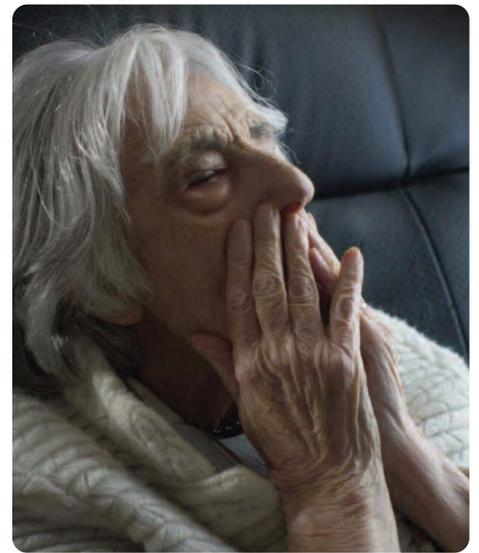
«Durante tiempo», recuerda la cineasta, «le dije a mi familia que estaba trabajando en una película portuguesa, puesto que es coproducción. No mentía sin decir la verdad. El grado de condena hacia la hermana de mi padre llegaba al extremo de estar vetado hablar de ella». **La película no es tanto la celebración de un encuentro como la certeza violenta e incómoda de un ajuste de cuentas.** Se trata de recuperar la memoria desde la necesidad de la justicia y de algo más. Y ese algo más tiene que ver también con asuntos tales como el reconocimiento, la verdad y, llegado el caso, el perdón.

Toda la película discurre en la casa de Isabel con las puertas abiertas. Todas, menos una. Dice Isabel que no hay reglas para llegar al arte. «Estás huérfana», sentencia. Y sigue: «Tienes que aceptar que te puedes equivocar. Tienes que soñar que vas a llegar. Pero no hay que tener miedo a fallar... Hay que ser valiente. Y hay que serlo con rabia. La rabia es grande y es humilde... Y siempre te expones a morir de asco. Eso quiero yo. Yo quiero llegar al arte sin más, sin que sea de ayer ni de mañana...». Isabel habla con esa misma ira que reclama para sí y su trabajo. **«Yo no tuve una mujer que trabajara para mí mientras pintaba como algunos**

hombres de mi generación... Yo no tuve nada», añade para dejar claro a la vez su alto nivel de exigencia propia y su desamparo. Hablamos de machismo y de algo más. Hablamos de la condición maldita de la mujer y de algo más. Hablamos de Isabel Santaló.

Cuenta Antonio López que la pintura de su colega vivía pendiente de «unos tonos luminosos y secos». **«Áspera y muy honesta.** Muy auténtica y muy secreta. Tenía algo de un jardín secreto. Si entrabas allí podías encontrar muchas cosas y muy atrayentes. Cosas bonitas», recuerda sin que una sola imagen de su trabajo le de la razón ni se la quite. La habitación sigue cerrada. Como los ojos de Isabel.

«He visto sus cuadros. No los que están en su casa, sino los importantes, los que son propiedad de una sola persona y cuyo acceso, por no sé qué turbia razón, está limitado. Conservo los catálogos, eso sí [de ahí provienen los dos ejemplos de la noticia]. Pero para ver los originales me tuve que colar en un despacho con una excusa peregrina», cuenta la directora y el misterio se amplía. Aún más.



De algún modo, todo encaja en el enigma. Borrego explica que, por más que lo intentó, apenas dio con nadie que conservara el recuerdo firme de su tía. «Los críticos que reseñaron sus exposiciones han muerto y **Caballero Bonald**, que llegó a escribir de ella y con el que me entrevisté, apenas guardaba memoria de nada», dice Irene. «El único fue Antonio López». A decir precisamente del pintor manchego, la pintura de Isabel no buscaba el éxito. «Era una obra despojada de vanidad, de retórica y del deseo de gustar. Todo lo que hacía era de verdad», comenta. Todo encaja.

Para el final, Isabel explica con las manos temblorosas qué hace que una obra valga la pena. Une el recorte de un rectángulo con el de un círculo y se esfuerza en ver algo que se diría de verdad. Habla y, esta vez, abre los ojos. Y las manos. Irene, la sobrina, recuerda su primera comunión. Enseña una vieja película. Y allí aparece Isabel. Las dos. Con todas las puertas abiertas.

LUIS MARTÍNEZ para ELMUNDO.es (2022)
<https://www.elmundo.es/cultura/cine/2022/11/25/637bcfaf421efa0fc458b4575.html>

Esta programación está sujeta a posibles cambios de horarios